

adornos de conchas y penachos de plumas de avestruz que les caían sobre la espalda. Terminada la danza, Katchiba escitó con una larga arenga muy enérgica el entusiasmo bélico de los suyos; pero cuando se vió á solas conmigo se lamentó de la conducta de Ibrahim, que ocasionaría infaliblemente la ruina del Obbo, porque despues de su partida los hombres de Madi no dejarían de acudir á tomar una tremenda represalia.

No obstante, mi influencia se acrecentaba por momentos. Había curado con mis medicamentos á los naturales del Obbo y á los hombres de Ibrahim, y nunca, cuando me fue posible darles lo que necesitaban se lo había negado. Tres de los que me habían abandonado en Gondokoro para unirse á la banda de Mohamed-Ouat-el-Mek, murieron posteriormente en una expedición; y esta noticia, tan inmediata á la triste suerte que había cabido á los que me dejaron en Latome para pasarse á Mohamed Her, no dejaba á los árabes la menor duda acerca de mi poder oculto. Los negros estaban convencidos de que yo podía producir la lluvia como el mismo Katchiba; y mi esposa se había hecho amar, merced á los cuidados que prodigaba á las mujeres y á los niños. En una palabra, se apelaba siempre á nuestro arbitraje en las discórdias y disensiones que se suscitaban. Decidí, pues, emprender mi viaje hácia el Ounyoró en compañía de Ibrahim, pero á condicion de que se me confiase el mando de los conductores que me proporcionase y de los cien hombres que debían acompañarme, y que se evitaran terminantemente los altercados y el pillaje.

Salimos de Obbo el 5 de enero de 1864, aunque mi mujer estaba muy enferma, y yo me sentía casi moribundo. Pasamos el Attabi, y tres días despues el Asua, torrente terrible algunos meses antes, pero que á la sazón solo tenía 6 pulgadas de profundidad. En un banco de arena que descollaba en medio del cauce del río, descubrimos un rebaño de antílopes Mehedet, y acercándome á ellos con precaución, maté al macho mas corpulento, cuyo peso era de quinientas libras; esta provision de carne fresca causó gran regocijo á los que me seguían.

Las condiciones pacíficas aceptadas por Ibrahim solo se referían al Ounyoró, y por consiguiente, los árabes, desde su paso por el Jaredjoko saquearon los graneros, y despues de atravesar el Asua hicieron una razzia que costó la vida de su abanderado, pero les valió muchos esclavos y trescientas cabezas de ganado.

Al llegar á Sua divisamos á unas 25 millas hácia el Noroeste el campamento de Debono. El país es magnífico, sumamente fértil y sus habitantes parecen muy afables; pero las devastaciones que ejecutaba la gente de Debono les habían obligado á dejar la llanura. Allí se recoge mucho sésamo.

Supe entonces que el teniente de Debono, Mohamet-Ouat-el-Mek, en compañía de dos que se habían separado de mí en Gondokoro, y de Rionga, hermano y enemigo mortal del rey del Ounyoró, había sorprendido y saqueado poco antes á la gente de Kamrasi, quien tenía por lo tanto, motivo para sospechar que aquellos turcos que acababan de entrar á saco en su país habían obrado así por mandato ó por las indicaciones de Speke; por lo demás, el rey del Ounyoró no era amado en el Shua. Dos días despues de nuestro establecimiento todos los conductores que me habían seguido desde el Obbo, prefirieron desertar en masa á seguirme á sus dominios.

Por fortuna Ibrahim había logrado hasta entonces procurarse el marfil que necesitaba. Yo le ofrecí diez mil libras de peso si accedía á acompañarme hasta Kamrasi: complacióle el trato, y salimos de Shua el 18 de enero. Yo le había confiado en secreto que el país de Kamrasi podría pertenecerme algun día, y que por consiguiente no debía permitir que su partida se entregase al saqueo ni á las violentas exacciones; que todo debía quedar sometido á mis órdenes, y que á este precio la cantidad de marfil prometida, y aun mas, le sería asegurada. Despues de cinco días de marcha, ora por países pintorescos, ora por sábanas pantanosas ó cubiertas de yerbas, en donde solo el fuego podía abrirnos paso, y algunas veces tambien á la sombra de bosques casi vírgenes, llegamos el 23 de enero á las orillas del Somerset ó Nilo Blanco, que nace en el lago Victoria; allí encontré al hermano de Rionga, quien, tomándonos por la partida de Mohamet-Ouat-el-Mek, se alegró mucho al vernos, pues contaba con ella para atacar á Kamrasi.

El Somerset, que tenía en aquel sitio 50 metros de ancho, se precipita hácia el Oeste por una serie de saltos mas ó menos considerables, y los naturales, reunidos en la orilla opuesta, nos seguían en actitud de reto. Al fin llegamos á la catarata de Karuma; y mas arriba del vado, en el camino opuesto, descubrimos la aldea de Atada.

V.

Desde las orillas del Nilo (brazo Somerset), á las del lago Alberto.

De la orilla izquierda del Somerset, cuyos puntos elevados cubrían los súbditos de Kamrasi, zarpó en breve una canoa en la que venían algunos parlamentarios, porque el estruendo de la catarata impedía que nos oyésemos al través del río. Encargué á Bachita les dijese que el hermano de Speke había llegado de su país para visitar á Kamrasi y traerle preciosos regalos. «¿Y por qué, preguntaron los enviados, viene tanta gente en su compañía?»—Porque es tal, respon-

dióles Bachita, el número de sus presentes, que le es preciso traer muchos conductores.—Veamos, pues, esos presentes, dijo el jefe. En aquellos momentos llevaba yo un vestido igual al de Speke, y subiendo á una roca casi perpendicular, saludé á la multitud reunida en la orilla opuesta, agitando mi sombrero, y Bachita anunció que mi mujer me había acompañado para dar gracias conmigo á Kamrasi, en nombre de Speke y de Grant, que habían vuelto sanos y salvos. Luego, adelantándome con mi mujer hácia los parlamentarios, les entregué algunos regalos, pidiéndoles me condujesen inmediatamente ante Kamrasi; pero me hicieron saber que mi presentación no podía verificarse sino despues de la vuelta de un mensajero enviado á M'Rouli, la capital, situada á tres días de marcha, puesto que el año último unos hombres que se llamaban amigos de Speke habían abusado de una recepción amistosa para atraerse como aliados á los secuaces de Rionga y saquear juntos el Ounyoró, en donde habían matado trescientos hombres al rey. Al oír esto, desenvolví un magnífico tapiz de Persia y unos soberbios collares, declarando que aunque los había traído para Kamrasi, estaba resuelto á regalarlos á otro cacique, puesto que se me negaba el paso.—«¡No partais! ¡no partais!» gritó entonces el jefe de la embajada, y me esplicó el dilema que á él y á sus compañeros acongojaba. Si me dejaba marcharme, ó si me dejaba entrar sin espreso permiso, Kamrasi les haría decapitar á todos y destruiría la aldea de Atada. Su situación era ciertamente muy difícil; pero lo que mas me inquietaba era que carecíamos de provisiones, y que desde el día anterior no habíamos comido. Traté, pues, de señalar una hora antes de la cual toda mi gente debía ser trasladada al otro lado del río; pero esto fue inútil, porque el tiempo transcurrió sin lograr venir á un acuerdo. Propuse entonces pasar á la orilla izquierda sin mas compañía que mi mujer y mis criados, á quienes mi dignidad no me permitía dejar atrás: ruego á que solo se accedió en parte. No obstante, conseguí llevar conmigo tres hombres, y Richarn, Saat ó Ibrahim fueron embarcados con mi mujer y conmigo, en concepto de criados, debiendo los restantes hallarse prontos á pasar el río á nado, al primer rumor de traición que se estendiese, llevando delante de sí sus armas colocadas sobre paquetes de cañas papiríferas. Además, introduje entre los bultos de regalos cierto número de carabinas y paquetes de cartuchos con bala, y con este aparato logré por fin pisar con gran alegría, el suelo del Ounyoró.

Al día siguiente obtuve el permiso de llamar á otros tres hombres armados, bajo el pretexto de hacerles conducir al mercado tres bueyes, que fueron hechos pedazos para que pudiésemos cambiar su carne por los artículos necesarios á nuestro sustento.

Mientras que en la orilla derecha del Somerset la población está enteramente desnuda, en la izquierda va vestida. Allí los hombres llevan unos mantos fabricados de cortezas de árboles, colocados de diferentes maneras, si bien por lo regular se asemejan á la toga de los árabes ó de los romanos. Las mujeres se cubren decentemente con jubones cortos de dos falzones; muchas llevan al aire los pechos, pero otras usan un pedazo de tejido sobre los hombros, hecho con la corteza de una especie de higuera. Arráncase del árbol á grandes trozos, y despues de haberlos tenido en el agua durante mucho tiempo, se sacan de ella, se los golpea con un mazo de madera, y se forma de esta suerte una estopa tan suave al tacto como un tejido de algodón.

Tambien preparan la piel de cabra, haciéndola tan flexible como el ante.

Aparte de los vestidos, los habitantes del Ounyoró trabajan hábilmente el hierro y el barro.

Los herreros no se valen de piedras, como en el Latuka, sino de martillos de hierro; es verdad que sus fuelles son tan primitivos como los que hemos descrito, pero los obreros tienen bastante destreza para convertir los groseros hilos de cobre y latón que reciben de Zanzibar en alambres muy delgados, y hasta fabrican agujas bastante buenas.

Su alfarería, especialmente, prueba la superioridad de su industria; y en mi concepto, la calidad de las obras de este género es el indicio mas seguro de los progresos que hace un pueblo para pasar de la barbarie á la civilización. En el resto del África la calabaza es por lo regular la materia de los utensilios de que se sirven los salvajes; las de corteza dura, partidas en dos mitades, forman tazas; pero difieren mucho en tamaño y figura; sirven para vasos de todas capacidades, desde el diminuto frasco hasta la tinaja que contiene cinco gallones. Estos utensilios naturales bastan á las necesidades de las tribus mas salvajes; en el Ounyoró solo sirven de modelo, y se las copia. Con arcilla negra como el azabache y de hermosa calidad, se fabrican allí tazas muy bellas, vasos y jarros de todas magnitudes.

Las chozas, construidas de paja y cañas, tienen 20 pies de diámetro y gran altura; por dentro parecen cestos al revés, y por fuera colmenas. La en que estaba alojada mi mujer, tenía una puerta de 7 pies de alto, pero era muy lóbrega interiormente; de aquí resultó que un día que se puso á la puerta para ver la luz, al peinarse su larga cabellera rubia, todos se apiñasen en su rededor, lo que la obligó á meterse dentro á toda prisa.

Poco á poco fui granjeándome la confianza de los naturales, probándoles que conocía bien á Speke y Grant, por los detalles que les dí acerca de ellos, y sobre todo hablándoles de la herida del segundo, que

habia perdido un dedo en Lucknow, en la época de la insurreccion de los cipayos. No obstante, seguia esperando la llegada del mensajero de Kamrasi, mientras nuestra caravana continuaba en la orilla derecha.

Por último, el 29 de enero llegaron los enviados del rey, entre los cuales se hallaban tres de los desertores de Speke, á quienes recibí de pie, y des-

pues de haberme examinado largo rato, declararon que yo era el hermano de Speke.

En vista de esto, creí que todas las dudas habian terminado; pero no era así, pues se me impuso un plazo de cuatro dias antes de dejarme llegar hasta Kamrasi. Respondí que tales dilaciones eran insoporables, y que iba inmediatamente á ponerme en camino. Esta amenaza, cuyo resultado podia ser la muerte



Niño hambriento de la tribu de los Kitchs.

de todos los jefes, los asustó de tal modo, que accedieron á hacer trasportar en el acto todos mis efectos á la orilla izquierda: operacion que no terminó hasta el dia siguiente.

Finalmente, el 31 de enero salimos de Atada, atravesando un pais bien cultivado y cubierto de jaranos mas corpulentos que los de la isla de Ceilan.

Hasta allí apenas habia podido procurarme datos acerca del Louta N'zigé, preferente objeto de mis investigaciones. El temor impedía hablar de esto hasta á los niños, y ni aun se habia querido decirme á qué distancia se hallaba; sin embargo, habia oido decir que es mayor que el Victoria N'yanza, pero que recibe como éste varios riachuelos que nacen en la montaña de Bartuma, que se me indicaba hácia el Sudeste. Este nombre designa seguramente el monte M'fombira del capitán Speke.

Mi mujer y yo fuimos atacados de calenturas biliosas á principios de febrero. La cobardía de Kamrasi, al retrasar nuestro viaje, nos detenia en un lugar insalubre, y de nuevo hube de recurrir á la amenaza de volverme para conseguir el pasar adelante con toda mi caravana y cinco hombres de Ibrahim. En fin, el 10 de febrero llegamos á M'Rouli, capital del Ounyor.

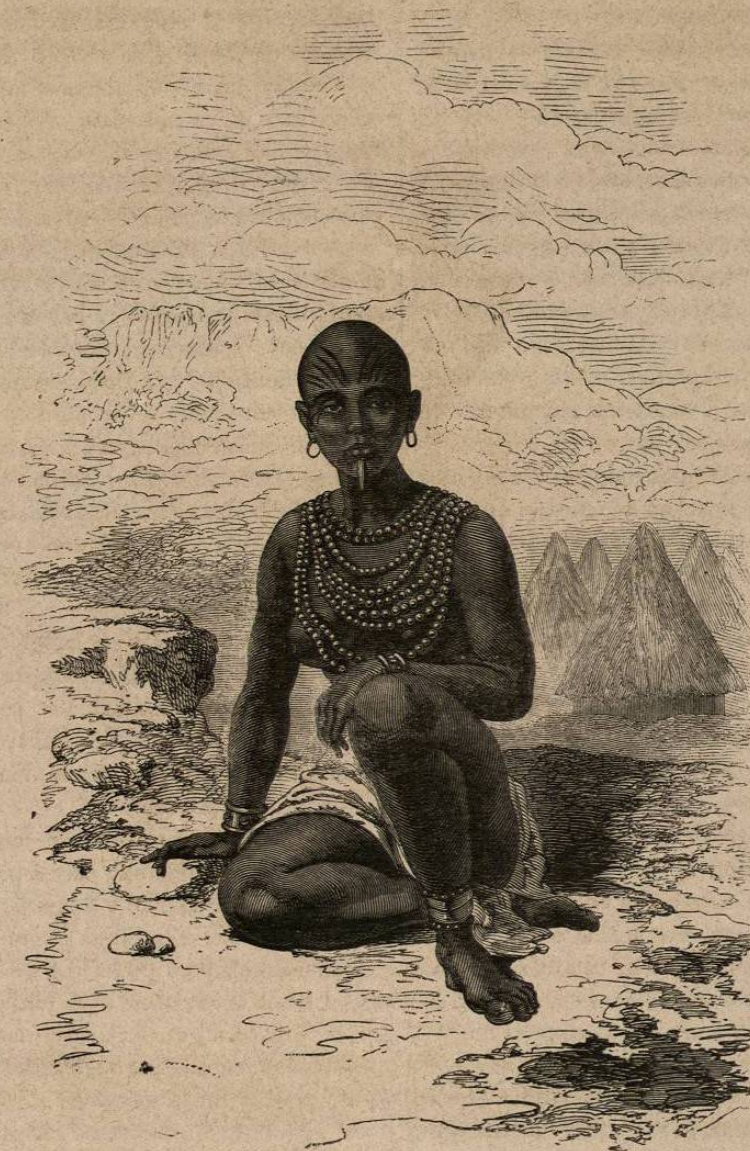
Nos dejamos trasladar á la orilla derecha del Kafour, no lejos de su confluencia con el Somerset, donde fuimos alojados en unas chozas sucias, situadas en medio de una espantosa laguna, donde nos encontrábamos como prisioneros, mientras nuestros bagajes habian sido detenidos en la orilla opuesta del rio: allí, no obstante, habian sido tambien alojados Speke y Grant.

M'Rouli, que habíamos visto á nuestro paso, es

un gran villorro, compuesto de chozas de yerba y paja, situada en el declive de una árida colina.

El 11, la llegada de la numerosa escolta del rey asustó de tal manera á los turcos de Ibrahim, que sin

mi sangre fría hubiérase empeñado un vivo choque. La calentura me habia debilitado tanto, que me hice llevar cerca de Kamrasi, ó mas bien del que se presentaba en su nombre, porque durante todo este pe-



Bokke, mujer de Moy, cacique de Latuka.

ríodo de mi viaje nos tuvo tanto miedo, que hizo desempeñar sus funciones á un tercero, sin saberlo nosotros. A tal testafarro encontré sentado en un taburete de cobre; este hombre, sin ser negro, tenia el color oscuro de un abisinio y una estatura de 6 pies. Escusóse de los molestos aplazamientos á que nos habia sometido, con la traicion que le habia hecho el año último la partida de Debono. Cuando yo le pregunté acerca del Louta N'zigé, se echó á reir y me dijo que ese lago no se llamaba así, sino M'woutan

N'zigé, añadiendo que no podia llegar á él con una marcha de seis meses.—«Poco me importa, le respondí; á él debo ir, porque mi salud no se restablecería sino en las orillas de ese lago; y de mi salud y de mi conservacion depende el tratamiento que el Ounyor puede esperar de Inglaterra, porque si muriese aquí, vos seríais el responsable.»

Propúsome entonces que le auxiliase contra Rionga, proposicion á que me negué, sosteniendo el carácter pacífico de mi esploracion; pero Ibrahim pre-

sentó menos dificultades y concluyó con él la alianza de la sangre. Cada uno de los dos aliados se descubrió el brazo, hízose en él una picadura, y se chuparon recíprocamente la sangre. Desde aquel momento hubo entre ambos contratantes liga ofensiva y defensiva respecto de todos y contra todos, y la banda de Ibrahim se separó de mi caravana.

Yo seguía enfermo sin poder cuidarme, porque había repartido entre los demás toda mi provision de quinina, y cada día el rey del Ounyoró ó el que yo suponía tal, se mostraba mas exigente: mis regalos solo servían para hacer mas insaciable su codicia. A las quejas que le dí, respondió que yo no le había hecho sino diez regalos, al paso que de Speke había recibido veinte, y llegó hasta pedirme mi carabina, mi brújula y mi reloj; á lo cual me negué.

En fin, propasándose cada vez mas, me dijo:— «Voy á haceros conducir, como os lo he prometido, al lago, y de allí á Shua, á condicion únicamente de que me cedais vuestra mujer.»

En aquel momento estábamos rodeados de muchos indígenas, y todas las sospechas de traicion que hasta entonces había alimentado, me parecieron confirmadas al oír tan insolente proposicion. Animado con el pensamiento de que si aquella hora debía ser la última de mi expedicion, debía ser tambien la postrera de la existencia de Kamrasi, monté tranquilamente mi revolver, y apuntándolo á 2 pies de la cabeza del rey, dije á éste con desprecio, que si lo disparaba, los esfuerzos reunidos de todos los suyos no alcanzarían á salvarle, y que podía darse por muerto si se atrevía á repetir las inconvenientes palabras que acababa de proferir. Dije que semejante audacia solo con sangre se expiaba en Europa; pero que viendo en él un idiota sin nociones del bien y del mal, le perdonaba en gracia de esta ignorancia.

Mi mujer, exaltada por la indignacion, dirigió al monarca un apóstrofe en árabe, y aunque él no entendió sin duda ni una sola palabra, el tono y la actitud de la que se lo lanzaba, le revelaron perfectamente el sentido; además, la mujer de Bachita que conocía, aunque salvaje, la ofensa inferida á su ama, se apresuró á traducir al rey en buen dialecto unyoró la vehemente arenga de ésta.

La independencia y el arrojo de mi mujer impresionaron vivamente al potentado, quien se arrepintió de su pretension, y me dijo admirado:—«¿Por qué te enfadas? No he querido ofenderte; creí por el contrario que te dispensaba un obsequio, como acostumbro hacerlo á todos mis huéspedes.—Mas, puesto que mi proposicion te desagradó, no hablemos ya del asunto.»

Muy friamente recibí las excusas del monarca, y me contenté con insistir en nuestra inmediata partida. Era el 26 de febrero, y hacia algunos dias que

Ibrahim había marchado á Shua, llevando veinte colmillos de elefante que le había dado Kamrasi, dejando algunos de los suyos en M'Rouli, y cediéndome á Bachita para que sirviese de intérprete.

Avanzábamos hacia un pueblo subiendo el Kafur, cuando vimos salir muchos centenares de hombres armados que se adelantaban dando grandes voces. Hubiera creído que se trataba de un ataque, á no haber visto entre ellos algunas mujeres y niños; costome trabajo, no obstante, hacer participar de mi tranquilidad á los que me seguían, dispuestos siempre á hacer fuego. En realidad, todo aquello era un pasatiempo. Los negros se precipitaban sobre nosotros como una nube de langostas, bailando y gritando en derredor del buey que me servía de cabalgadura; aparentaban atacarnos y batirse entre sí, parecían estar locos, y arrojándose sobre uno de ellos lo mataron á lanzadas. Su traje era por demás grotesco. Vestidos con pieles de leopardo ó de monos blancos, llevaban unas colas atadas á la cintura, cuernos de antílope en la cabeza, y barbas postizas hechas con las estremidades de muchas colas cosidas unas á otras, todo lo cual les hacia parecer verdaderos demonios. Tal era la escolta que nos enviaba Kamrasi para acompañarnos hasta el lago, y que debió considerarse muy dichosa por no haber respondido nosotros á tiros á los ridículos honores que nos dispensaba.

En efecto, aunque formaba parte de la guardia real, á un disparo que hizo Saat, se desbandó poseída de un terror pánico; por lo demás, saqueaba todo lo que hallaba al paso.

A fin de evitar una inmensa laguna, nuestra marcha se había ido alejando poco á poco del Kafur, pero era preciso atravesarlo y llegamos al punto en que debíamos pasar, á la salida de un magnífico bosque de mimosas en flor. Dicha laguna no tenia en aquel sitio 1 milla de anchura; sin embargo, era tan profunda, que en algunos parajes nos hundíamos en el cieno hasta el cuello, siéndonos preciso nadar en otros; pero al fin la pasamos.

Al siguiente dia llegamos al Kafur, que atravesamos por una especie de puente natural formado por las capas amontonadas de las plantas acuáticas que embarazan la corriente, y tenia por lo menos 10 pies de espesor. Dije á mi mujer que me siguiese con resolucion. El rio tenia en aquel lugar 80 metros de ancho; pero apenas había recorrido la cuarta parte, ví que mi mujer se hundía lentamente entre las cañas, y que al fin cayó como herida por el rayo. Saquéla de allí con la ayuda de muchos de los que me seguían; pero había perdido el conocimiento y parecía un cadáver: atacada de una insolacion, fue trasladada á un pueblo inmediato, donde estuvo á punto de perder la vida.

No obstante, la escolta seguía bailando y ahullan-

do alrededor de la pobre moribunda, y solo nos servía de estorbo; su pillaje ponía en fuga á los habitantes á nuestro paso, y nos reducía á la imposibilidad de comprar lo que necesitábamos; aparte de esto su pereza nos obligaba á viajar en lo mas recio del calor, perdiendo los preciosos momentos de la frescura matinal; semejante proceder agotaba mi paciencia y la amenacé con hacer fuego sobre ella si no se retiraba, y al fin nos dejó en paz.

Mi esposa seguía en su estado letárgico, y caminábamos como una comitiva fúnebre que acompaña á un cadáver á su última morada. Pasó aquella noche sin que hiciese el menor movimiento. Acusábame de ser la causa de su muerte, y no podía hacer mas que rogar á Dios le devolviese la salud, y humedecer sus labios, poniéndole compresas de agua fresca en la cabeza, cuando de repente murmuró estas palabras: «¡Gracias á Dios!» Había salido de su atonía, pero era presa del delirio; y no obstante, era preciso marchar á pesar de la lluvia que caía á torrentes, y no podíamos encontrar viveres sino trasladándonos á otra parte. Por espacio de siete dias caminé á pesar de mi debilidad, y por espacio de siete noches velé á mi mujer, hasta que por último caí á su lado, estenuado de fatiga; aquella misma noche mis hombres, que habían puesto mangos nuevos á sus azadas, buscaron un sitio para cavar mi sepultura. Con gran terror mio, cuando abrí los ojos el sol había salido, y creyendo difunta á mi mujer apenas me atrevía á mirarla; mas ¡oh alegría! su respiracion era natural; despertóse, me reconoció, y estaba tranquila. ¡Dios la había salvado!

Por fortuna, la volatería abundaba en el pueblo en que nos encontrábamos, y la paja de la choza donde habíamos dormido estaba llena de huevos frescos; allí pues, nos detuvimos dos dias.

VI.

El Albert N'yanza.—Navegacion por sus aguas.

Desde la aldea de Parkani descubrimos en el horizonte hacia el Oeste, las cimas de las montañas que rodean la orilla opuesta del lago tan deseado. Confieso que aquella noche me costó trabajo conciliar el sueño. ¡Estábamos tan cerca del objeto tras del que corríamos despues de tantos años, arrostrando tantas molestias y sufrimientos! El 14 de marzo, antes de salir el sol, aguijoneé mi buey. Desde lo alto de una colina ví desplegarse de improviso una inmensa superficie de agua, que á mis pies se extendía sin límites al Sur y al Sudoeste, reflejando como un mar de azogue, los vivos rayos del sol del medio dia. Hacia el Oeste y á unas 60 millas parecía que de las aguas surgían unas montañas azuladas, que se elevaban hasta 700 pies. ¡Insigne triunfo! Inglaterra acababa

de descubrir las fuentes del Nilo, objeto de la investigacion de los siglos. Dí gracias en el fondo de mi corazón á Dios, que me había sostenido hasta el fin, agolpándose en mi alma consideraciones demasiado graves para que no me fuese posible prorumpir en vanos gritos de regocijo.

Hallábame á 1,500 pies de elevacion sobre el nivel del lago; y desde la cima de la escarpada mole de granito contemplaba aquellas benéficas aguas, aquel vasto depósito que alimenta al Egipto, fertilizando una tierra donde naturalmente reinaria la esterilidad. A mis plantas se extendía el lago que desde los primeros albores de la historia aseguraba á tantos millones de seres humanos todo género de beneficios, uno de los mas importantes objetos de la naturaleza, ¡la segunda fuente del Nilo! Resolví ponerle un nombre que concordase con el que Speke había honrado el lago descubierto por él; un nombre ilustre que recordase de un modo imperecedero al príncipe cuya pérdida lloran aun la reina Victoria y la Gran Bretaña; denominéle, pues, el *lago Alberto*.

Lo escarpado del sendero que á él debía conducirnos era tan áspero, que me decidí á enviar inmediatamente nuestros bueyes á Megungo, á donde me había propuesto trasladarme por agua.

Bajamos, pues, á pie. Mi mujer, muy débil todavía, vacilaba á cada paso, apoyándose en mí; tambien yo estaba quebrantado por la calentura. Caminábamos, pues, con gran lentitud, y empleamos dos horas en bajar á la llanura, que tenia cerca de 1 milla desde el pie de la colina hasta la orilla del lago. Cuando llegué á él, me arrojé al agua sin pensar en los cocodrilos, y bebí con ansia.

Habíamos llegado á un pueblo de pescadores llamado Vacovia, y en él nos instalamos; todo allí despertaba la idea de la pesca, pero no la pesca en pequeña escala. Los sedales, del grueso del dedo meñique, estaban tendidos al sol, y los anzuelos de hierro de 5 y 6 pulgadas de espesor de que estaban armados, hacían formar una idea aterradora de los monstruos á que estaban destinados. En la parte exterior de las chozas se apoyaban harpones para cazar hipopótamos, y en el interior estaban colocados en buen orden multitud de enseres para pescar, sólidamente fabricados. Los sedales y las cuerdas de los harpones estaban admirablemente hechos con filamentos de banano.

Mis acompañantes, que no creían en la existencia del lago que buscábamos hacia ya tanto tiempo, me miraban como estupefactos, y creían que les había llevado sin saberlo ellos, al mar, pero á un mar de agua dulce. Con dos cabritos que me regaló el cacique de Vacovia, y un buey que había comprado al de Parkani, dí á mi caravana un suntuoso banquete para celebrar nuestro feliz descubrimiento.